

LA RESPONSABILIDAD DE LOS PARTIDOS.-

El país debe tomar una decisión; y corresponde principalmente a los partidos políticos dar la clave de ella. Es casi imposible, dentro del régimen existente, que algún candidato llegue a la Presidencia de la República sin el apoyo de uno o más partidos. Cier- to es que éstos aparecen, hoy en día, en lamentable decadencia; han desvirtuado sus fines y perdido su unidad orgánica, y un gran número de hombres de trabajo los miran con manifiesta cansancio, e incluso desconfianza, porque no ven en ellos sino instrumentos representativos de intereses secundarios. Pero también es verdad que los partidos, a pesar de sus vicios actuales, constituyen aún los órganos de expresión del pensamiento político de los ciudada- nos, y no han surgido hasta ahora instituciones que estén en apti- tud de reemplazarlos. Es muy difícil que la masa que se llama in- dependiente, por numerosa que sea, pueda realizar alguna empresa social, ya que por definición carece de orientaciones definidas y disciplina orgánica; ella pesa en la balanza, pero es incapaz de imponer por sí una solución.

Recae, pues, sobre los partidos políticos, la grave responsa- bilidad de proponer al país un hombre, que por sus condiciones morales e intelectuales, efectivamente probadas en su pasado, o- frezca seria garantía de que gobernará con acierto y dignamente. Y al hacerlo, deben tener presente que no se trata solo de elegir una persona, sino que, con ello, se decide los rumbos que la vida de Chile habrá de tomar en su futuro próximo. Y ésto es lo funda- mental.

Que un gobierno sea honrado y capaz es el mínimo que se pue- de axijir. Y que sea nacional, ésto es, que gobierne para toda la Nación, y no sólo para un sector particular, es parte de la honra- dez, que no debe ser únicamente pecuniaria, sino también política. El hecho de que sean éstos los lemas que los candidatos presentan como superior programa de gobierno, es casi vergonzoso para la vi- da pública de Chile. Al país no le basta con que se le ofrezca un gobierno honesto, capaz y nacional; ésto lo supone como elemental, y piensa que tiene derecho para pedir algo más: una orientación, un criterio básico que haya de inspirar la conducta de sus gober- nantes.

Tenemos ante nosotros tremendos problemas. La escasez de nues- tra producción, la anarquía de los procesos económicos de la cir- culación y distribución y las injusticias de que ellos adolecen, el bajo estándar de vida de las clases obreras y campesinas, la falta de habitaciones para las gentes de escasos recursos, la de- cadencia de nuestra raza, la reforma educacional, son cuestiones que necesitan con urgencia una solución adecuada. La guerra que llega hasta las costas chilenas agrava nuestra antigua deficien- cia económica, y nos crea nuevas dificultades en el orden de la política internacional, en el financiero y en el social. Ella mis- ma, y la circunstancia general en que el mundo vive, nos plantean, por último, el problema esencialísimo de escoger entre dos formas de existencia colectiva diametralmente contrarias: la democrática y la totalitaria. Todos éstos son asuntos que el futuro gobierno deberá encarar, y el país necesita cerciorarse de que el hombre que elija adoptará ante ellos una línea de conducta que se confor- me con sus verdaderas necesidades y aspiraciones.

Los partidos políticos no deben olvidar que se juega ahora al- go mucho más trascendental que el honor y las prerrogativas inhe- rentes al goce del poder. Está comprometida, desde luego, en la actual encrucijada, la existencia misma de los partidos, ya que si elijen mal perderán el prestigio que les queda y se derrumba- rán bajo el peso de sus yerros, y si permiten que advenga ~~la~~ una tiranía, serán la primera de sus víctimas. Están comprometidos los rumbos de nuestra política económica, social, higiénica, edu- cacional e internacional. Está comprometida -lo que es aún más im- portante- la propia subsistencia de las normas democráticas en la vida nacional.

La democracia, concebida en su genuino significado de manera civilizada de convivencia entre los hombres, reglada conforme a

derecho sobre la base del respeto a la dignidad de la persona y del acatamiento a los principios esenciales de libertad, igualdad y fraternidad humana, sufre en estos días un terrible ataque por parte de su radical enemigo, el totalitarismo. Se trata de un espíritu estrecho, absoluto y cargado de violencias, que haciendo valer una pretendida incapacidad e inmoralidad de los gobiernos democráticos, pretende imponer, por la fuerza si es preciso, regímenes de vida social en que toda libertad quede abolida, los gobernantes tengan poderes omnímodos y no haya más razón que la de Estado.

Por desgracia, se han producido en las naciones democráticas abusos y vicios que en apariencia justifican las críticas de sus detractores; pero la verdad es que ellos no son inherentes al régimen en sí, y que los países totalitarios, que tienen otros peores, no están tampoco absolutamente libres de ellos. Y conviene recordar que en éstos hay la agravante de que nadie puede ni siquiera reclamar... Sin embargo, como quiera que ello sea, lo grave es que la llama del totalitarismo prende, acaso por afinidad espiritual, en el alma de las masas, y cada paso en falso que dan los regímenes democráticos redunda en beneficio de aquel, enviándole nuevos adeptos. Para el hombre de la calle las razones de más peso son las que entran por el estómago y por la vista; el bienestar material y el éxito espectacular, lo mismo que el garrote, lo convencen más fácilmente que la mejor de las razones.

Los partidos políticos tienen que darse cuenta de esto y comprender la enorme trascendencia de su decisión actual. Si continúa practicándose la democracia de la manera viciosa que en los últimos veinte años, o si, por evitarlo, se confía el gobierno a hombres de mentalidad poco liberal, el resultado ineludible será la dictadura. Y conviene que recuerden que totalitarios no son sólo los comunistas, sino igualmente los fascistas, nacistas y demás grupos análogos.

La disyuntiva que algunos nos presentan como inexorable: tiranía comunista o tiranía burguesa -llámese a ésta fascismo, nacionismo, gobierno fuerte o con cualquier otro nombre-, es falsa y a menudo se emplea con fines interesados. La democracia y la libertad pueden subsistir en Chile, y que así ocurra, depende en mucho de la decisión que adopten y del hombre que escojan los partidos políticos frente a la próxima elección presidencial.

Patricio Aylwin A.-

26 - XII - 1941-

*Entregado el original a Alejandro de Hualde, ve.
ra "El Mercurio". - No fue publicado. -*